

CAPITULO V.

DE LOS MALOS LIBROS.

Son los libros para el alma lo que los alimentos para el cuerpo. La sustentan y la fortalecen; pero así como hay alimentos que en lugar de contribuir á la salud del cuerpo, solo sirven para debilitarla y arruinarla; del mismo modo amado Teotimo, hay libros que en lugar de ilustrar y perfeccionar nuestra alma, no son del caso sino para corromperla y cegarla. Tales son las novelas, las poesías amorosas, y generalmente todos los escritos perjudiciales á la religion y á las costumbres. Sí, amado hijo, todos los libros de esta clase contienen un veneno sutil, que se insinúa insensiblemente en los corazones de los que los leen, y producen en ellos el mayor fastidio para todos los actos de piedad, y el amor á los deleites, que destruye todas las buenas inclinaciones. Pudiera citarte muchos ejemplos en confirmacion de esta triste verdad. Co-

nozco muchos jóvenes que la han experimentado á costa suya. Me acuerdo en particular de uno á quien los malos libros pervirtieron totalmente. Estaba lleno de la mas sincera piedad; pero al mismo tiempo era aficionadísimo á leer, y leía sin discernimiento cuantos libros caian en sus manos: tropezó lastimosamente con algunos de aquellos que parecen haber sido vomitados por el infierno para pervertir la juventud. Al principio los manejaba sin conocer el peligro, pero poco á poco se aficionó á ellos, y comenzó, digámoslo así, á tomarles el gusto. Desde esta época empezó á enfriarse en la piedad, dejó de acudir á los sacramentos con aquella frecuencia que solia; y al cabo abandonó todas sus devociones, y mudó enteramente de conducta. Los que velaban sobre su educacion no sabian á que atribuir tan repentina mudanza, y mucho mas viendo que no andaba con malas compañías, hasta que un dia él mismo declaró impensadamente el motivo, propalando en la conversacion una perniciosa máxima que habia leído en un

Intro
Intro
de
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
ca
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Con

El r
La t
El p
El n
Las
El c
El h
El c
Los
El l
El l
La p
La n
El g
El j
Las

libro malo que citó. El superior del colegio que le oyó fué inmediatamente á registrar su estante, en el que halló varias novelas y escritos escandalosos. Reprendióle severamente, y le hizo presente todas las funestas consecuencias de semejantes lecturas: convino en ello el jóven, y aun le confesó con sinceridad, que la lectura de estos libros perniciosos era el origen de su depravacion; pero como somos mas inclinados al mal que al bien, se habian impreso tan profundamente en su ánimo las malas ideas que habia bebido en aquellos libros, que le costó muchísimo trabajo borrarlas de él ó quizás jamás lo consiguió.

Me lisonjeo, amado Teotimo, que no te sucederá lo que á este infeliz jóven, pero no respondo de tu virtud, si no con tal que evites cuidadosamente la lectura de todo libro vicioso; porque producirá en tí los mismos efectos que ha producido en tantos jóvenes cuya perdicion ha ocasionado.

La fábula nos cuenta que habia en otro tiempo una fuente que volvia frenéticos

á los que bebían sus aguas: esta fuente representa á lo vivo los malos libros, cuya lectura corrompe nuestro entendimiento y nuestro corazon.

Huye pues de ellos con el mismo horror que de un vaso emponzoñado. Míralos como otros tantos lazos armados contra tu inocencia, y si alguna vez llega alguno á tus manos, imita la conducta de aquel santo jóven que habiendo hallado un dia una novela, apenas leyó su título cuando la arrojó al fuego, y corrió á lavarse las manos solo por haberla tocado por el forro, dando á entender con esto cuán persuadido estaba de que no hay cosa mas perniciosa ni mas funesta á la inocencia que los malos libros.

No faltará quien te diga para inclinarte á leerlos, que contienen cosas curiosas y bien escritas. Pero el veneno, por agradable que aparezca á los sentidos, no deja de ser veneno, y por esta misma circunstancia mas peligroso, así aunque sean capaces de contentar la curiosidad, debes huir de ellos como del fuego. Mas te valdria permanecer toda tu vida en la

Intro
Intro
de
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
ca
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Con

El r
La t
El p
El n
Las
El c
El h
El c
Los
El l
El l
La p
La n
El g
El j
Las

mas crasa ignorancia, que comprar la sabiduría á costa de tu inocencia; pero por mejor decir, no hallarás que aprender en esos malos libros, sino cosas que para siempre debieras ignorar. Te sucederia cuando los hubieses leído lo que á nuestros primeros padres despues de comer la fruta vedada. Creian que aquel fatal bocado ilustraria su entendimiento. La infernal serpiente se lo habia persuadido. *Sereis*, les habia dicho, *como dioses, y alcanzareis la ciencia del bien y del mal.* Adan y Eva, fiados en su promesa, cogieron la dañosa fruta; pero apenas la probaron cuando se vieron despojados de su inocencia; y sumergidos en un abismo de ceguedad y de miseria.

Tales serian igualmente, oh amado Teotimo, las consecuencias de tu curiosidad. No te dejes pues seducir como nuestros primeros padres por las vanas promesas del espíritu tentador. Tienes como ellos delante de tus ojos mil frutas esquisitas, esto es, una infinidad de buenos libros, de que puedes licitamente disfrutar y que serán para tu alma un excelente alimen-

to. Cíñete á estos: los demás son como la fruta vedada del paraíso terrenal, y puede decirse de ellos lo que Dios dijo á Adan de la fruta: *En el instante que la pruebes morirás.* Esto es, perderás la inocencia, que es la vida de tu alma.

Pero como á veces son estos libros perniciosos dificultosos de distinguir, y está oculto su veneno bajo un título engañoso que disimula su malicia, el partido mas prudente para no engañarte es el de no leer libro alguno sin consultar antes alguna persona ilustrada y virtuosa, para saber si su lectura será útil ó dañosa, y conformarte enteramente con su dictámen. Sin esta sábia precaucion te alucinaría fácilmente el falso resplandor de algunos libros que al parecer no pueden contener cosa alguna perniciosa: te aficionarias á ellos sin sospechar el peligro, y experimentarias la misma suerte que el imprudente niño, cuyo suceso voy á contar.

FABULA V.

EL LABRADOR Y EL NIÑO.

Lejos de maestros,
Y libre del aula,
Contento un muchacho
El campo paseaba.

Viéndolo cubierto
De bellas y extrañas
Flores, á cogerlas
Alegre se baja.

Llega á echar la mano
A una de las plantas,
Cuya flor hermosa
Los ojos encanta.

Un labrador viejo,
Que al chico miraba,
Viéndole en peligro
De alguna desgracia,

Le grita al instante
"Digo, camarada,
No toques las flores,
Que te saldrán caras.

Que hay muchas culebras.
Bajo de las matas,
Y á los que las tocan
Dan crueles picadas:

Y cuántos muchachos,
Por tenerlo á chanza,
Sacaron las manos
Bien ensangrentadas!"

Al oír estas voces
El niño se espanta,
Y del prado ameno
Muy lejos se aparta;
Mas vuelto del susto,
Cobrando confianza,
Del rústico juzga
Que el dicho es pastraña.

Que para burlarse
De su edad temprana
Inventó el buen tío;
Y así se abalanza
A coger las flores;
Dando vueltas varias,
Como mariposa
Que de una á otra pasa.

Una violeta
Va á coger gallarda;
Cuando una culebra
El agujon le clava.

Llorando se vuelve
El tontuelo á casa,
Dando con su ejemplo
Leccion adaptada

A jóvenes nécios
Que su tiempo gastan

uno de su descendencia.

Intro
de
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
ca
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Con

El r
La t
El p
El r
Las
El c
El h
El c
Los
El l
El l
La p
La n
El g
El j
Las

En leer libros llenos
De máximas malas,

Que como las flores
A la vista agradan
Con hermoso estilo,
Con frases limadas;

Mas debajo esconden
Sierpes enconadas,
Que á los que se acercan
Muerden y maltratan,

Y al que se descuida,
Y luego no escapa,
Quitán venenosas !
La vida del alma.



Dan cruets picadas :

CAPITULO VI.

Tienes, oh amado Teotimo, un Dios á quien servir, y una inocencia que conservar. Estas son dos obligaciones indispensables; pero aun hay otra no menos necesaria: esta es la de honrar á los padres que te han dado la vida. Poco tendré que trabajar sin duda para moverte á cumplir con ella: sé que lo contrario repugna á tu corazon. Por consiguiente, no trataré de esta importante materia precisamente para despertar en tí los efectos regulares á todo hijo bien inclinado, sino para animarte á conservarlos toda tu vida; porque no es de temer que faltes á esta obligacion por ahora, sino en adelante. Demasiado comunes son los ejemplares de hijos desconocidos, que por su indocilidad y desagradecimiento han llenado de amargura la vida de aquellos á quienes debian la suya. No quiero citar-
telos; son monstruos que horrorizan, y merecen quedar sepultados en perpétuo olvido. Me debes demasiado, buen con-

uno de su descendencia.

Intro
de
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
ca
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Cap.
Con

El r
La t
El p
El n
Las
El c
El h
El c
Los
El l
El l
La p
La n
El g
El j
Las

cepto para creerte capaz de imitarlos. ¡Infelices! Mas te valdria haber perecido en el vientre de tu madre, que llenar su vida de amargura con una conducta indigna de un buen hijo.

Acuérdate pues que despues de Dios á nadie debes amar y honrar tanto como á los autores de tu nacimiento. Dios ha impuesto á todos los hombres esta obligacion por medio de un mandamiento expreso, pero aun cuando no lo hubiera mandado de este modo, bastaba para ejecutarlo, saber que despues de Dios les debes la vida; que te han cuidado en la niñez, que te han llevado en sus brazos, han enjugado tus lágrimas, te han alimentado y criado, y que continúan en velar sobre tu educacion, destinando sus trabajos y sudores á prepararte un establecimiento ventajoso. Todos estos beneficios son otras tantas voces sonoras, que te dan á entender que no puedes excederte en amarles, honrarles y obedecerles. Jesucristo mismo nos ha dado este ejemplo de filial obediencia. Siendo dueño de los cielos y tierra, estando sujetos á su

Dan crueles picañas:

imperio, lo estaba él mismo, como nos dice el Evangelio, á José y á María su madre, habiendo pasado los primeros treinta años de su vida en su compañía, y únicamente ocupado en obedecerles.

Isac habia dado ya en la antigua ley un ejemplo admirable de esta obediencia filial; porque habiéndole llevado su padre Abraham á un monte para sacrificarle, conforme á la órden que Dios le habia dado; el virtuoso hijo luego que lo supo se sujetó humildemente á su voluntad, y se dejó atar sobre la pira, pronto á sufrir el golpe mortal que su padre iba á darle; pero Dios no quiso que recibiese la muerte en pago de tan generosa obediencia. Contento del sacrificio de su corazon, hizo oír su voz á Abraham en el instante que levantaba el brazo para herir aquella inocente víctima. Le prohibió sacrificarla, y en premio de su fidelidad le prometió que derramaria sus bendiciones sobre Isac, que le daria una descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo, y que todas las naciones serian bendecidas en uno de su descendencia.

Así se complace Dios en recompensar la sumision de los hijos obedientes á sus padres; cuando al contrario hace llover castigos y maldiciones sobre aquellos que faltan á esta sagrada obligacion. El ejemplo de Absalon prueba demasidamente esta verdad. Este ingrato hijo llegó á tal extremo de indocilidad y de rebelion, que tomó las armas contra su padre con ánimo de quitarle la vida. David se opuso á sus designos con las tropas que le quedaron fieles, recomendando con todo al general de su ejército, que cuidase de conservar la vida á Absalon, en caso que se consiguiese alguna ventaja contra él; chocaron ambos ejércitos, y el de Absalon aunque mas numeroso fué derrotado enteramente: el mismo jóven príncipe se vió obligado á ponerse en salvo: pero al pasar montado en una velocísima mula por debajo de un roble muy frondoso, su cabello, que era sumamente largo, se enredó en las ramas, y siguiendo la mula adelante, quedó colgado de ellas hasta que Joab, apesar de las órdenes de David, le atravesó con tres dardos el corazon, ha-

biendo sin duda permitido Dios esta desobediencia del general para castigar la rebelion y la ingratitud del malvado hijo.

Por aquí podrás conocer, amado Teotimo, cuán culpado es el hijo que desobedece á sus padres y con cuanto horror has de mirar semejante conducta; pero no debes evitar con menos cuidado todo lo que pueda ser contrario al respeto que merecen; tal fué el delito de Cham, y el origen de todas sus desgracias. Este ingrato hijo tuvo el atrevimiento de burlarse de su padre, á pesar del ejemplo de sus hermanos, que se portaron con él con el mas profundo respeto; pero no quedó impune su delito; porque habiendo sabido Noé, luego que despertó, lo que habia sucedido, fulminó las mas terribles maldiciones contra el temerario Cham, pronosticando que se arrastraria siempre á los piés de sus hermanos; y por el contrario bendijo para siempre á Sem y á Japhet, y les prometió las mayores prosperidades. No dejó el Señor de ratificar las maldiciones y las promesas de Noé. Cham arrastró una vida miserable, oprimido de desgracias que

se extendieron á toda su descendencia, al paso que sus hermanos fueron felices durante toda su vida, y dejaron su dicha en herencia á sus descendientes.

Parece que Dios continúa en el día en guardar la misma conducta con los hombres. Rara vez prosperan los malos hijos. No solamente son el objeto del desprecio y del aborrecimiento de los hombres de bien, sino que los vemos muchas veces experimentar calamidades, que son el justo castigo del poco respeto que han tenido á sus padres. Dios, al contrario, parece que se complace en derramar á manos llenas sus bendiciones sobre los hijos dóciles y virtuosos. Procura pues conseguirlos por medio de una conducta digna de un buen hijo, y ten presente que el que falta al respeto debido á sus padres, falta de algun modo al que debe á Dios, pues hacen sus veces respecto de nosotros.

Pero no basta obedecerlos y respetarlos; además es preciso amarlos tierna y sinceramente, evitar en consecuencia lo que puede desagradarlos, tirar á complacerlos, consolarlos en sus aflicciones, y asistirlos

en sus necesidades, siempre que hayan menester socorro. Los gentiles mismos nos han dado los mas admirables ejemplos de este amor filial. Podrás conocerlo por este rasgo que se halla en la historia de Japon, en el cual prescindiendo de la mentira de que se echó mano, y que no puede aprobarse, brilla la mayor heroicidad.

Una mujer quedó viuda con tres hijos varones, y no tenia otro socorro que el que ellos la suministraban con su trabajo. Los tres eran idólatras, y viendo estos jóvenes que ó por falta de ocasion, ó por no haberse hecho desde pequeños al trabajo, no ganaban lo suficiente, tomaron la mas extraña resolucion. Se habia publicado poco hacia un edicto, declarando que á cualquiera que prendiese á un ladron, y lo presentase al Magistrado, se le daria una suma considerable. Los tres hermanos, aun mas afligidos de la miseria de su madre que de la suya propia, convinieron entre sí que uno de los tres haria el papel de ladron, y que los otros dos le presentarian al juez. Echan suerte para

ver cuál de ellos ha de ser la víctima del amor filial; cae sobre el mas jóven, que se deja atar y llevar como un delincuente; tómase la declaracion, confiesa que ha robado, condúcesele inmediatamente á la cárcel, y reciben sus hermanos la prometida suma; estos antes de volver á su casa, hallan medio para entrar á verle en la prision, y creyendo estar solos, comienzan á abrazarle tiernamente, derramando infinitas lágrimas antes de separarse de él. El magistrado, que por casualidad estaba en paraje de donde sin ser visto era testigo del lance, se admira extraordinariamente de ver al delincuente tan estrechamente unido con los que le habian entregado á la justicia; llama inmediatamente á uno de sus dependientes; le da orden de que siga á los dos delatores hasta la casa donde fuesen á parar, y que no los pierda de vista hasta que esté completamente instruido de todo lo necesario, para descifrar un suceso tan extraordinario como el que acaba de presenciar. El ministro obedece puntualmente; y hechas todas las diligencias que se le habian mandado, vuel-

consolarlos en sus aflixiones, y asistirlos

ve á decir á su superior, que habiendo visto entrar á los dos hermanos en una casa, y acercándose á escuchar, les habia oido contar á su madre todo lo que acabo de decir; que la pobre mujer al oir esta noticia, prorumpiendo en las mas lastimosas quejas, habia dicho á sus hijos que devolviesen inmediatamente el dinero recibido, porque mas queria morir de hambre, que conservar la vida á costa de la de su hijo. El juez, mas admirado al oir esta narracion, manda venir al preso; le toma nueva declaracion sobre los supuestos robos, y le hace varias preguntas para ver si se corta en alguna. Viendo en fin que todas sus respuestas concordaban perfectamente, y que era inútil su industria, le declara lo que sabe, y le obliga con esto á confesarlo todo. Apenas le oye la verdad, cuando pasa á hacer relacion de todo al emperador, que admirado de tan heroica accion, quiso ver á los tres hermanos, los llenó de agasajos, señaló al mas jóven mil y quinientos escudos de renta anual, y quinientos á cada uno de los otros.

El pasaje que voy á contar no es me-

nos admirable que el que acabas de leer. Durante la guerra civil, que dividió á los Romanos en tiempo de Augusto y Marco Antonio, Metelo y su hijo se separaron, y abrazaron distintos partidos. El padre siguió á Marco Antonio, y el hijo se declaró por Augusto; habiendo vencido este al primero en la batalla de Actium, Metelo fué hecho prisionero con otros muchos, y presentado con ellos á Augusto. Estaba tan desfigurado con las fatigas de la guerra y con las incomodidades de su prision, que apenas parecia el mismo, pero su hijo no le desconoció; apenas le vió se arrojó á sus brazos, le bañó en lágrimas el rostro, y temiendo que Augusto le hiciese experimentar todo el rigor de su venganza, le habló de esta manera: *Señor: aquí tenéis mi padre á vuestros piés; convengo desde luego en que ha merecido vuestra indignacion por haber tomado las armas contra vos; pero tambien sabeis que por mi parte merezco algun premio por haber seguido fielmente vuestras banderas; dignaos pues de concederme la gracia que voy á pedirós. No pretendo que dejéis de satis-*

consolarlos en sus affixiones, y asistirlos

facer vuestra venganza, ni que quede impune su delito; lo único que os suplico es que deis á mi padre el premio que á mi se me debe, y que me hagais sufrir en lugar suyo los castigos y la muerte que habia de padecer. No fueron vanos los ruegos y las lágrimas de este buen hijo, porque Augusto, enternecido del amor que manifestaba á su padre, aunque muy irritado contra Metelo, inmediatamente le perdonó, y le concedió la libertad.

Pudiera traer aquí otros muchos sucesos semejantes de que hace mencion la historia; pero es inútil amontonarlos. No necesito persuadirte que seria cosa indigna de un cristiano el ser tan inferior á los gentiles en el cumplimiento de tan sagrada obligacion; pues que además de la voz de la naturaleza, que nos habla como á ellos, tenemos el mandamiento expreso de Dios, que nos obliga á honrar á los autores de nuestro nacimiento. No es regular que te encuentres en tales circunstancias, que te veas precisado á exponer tu vida para conservar la de tus padres, como los generosos hijos de que acabamos de hablar,

y por lo mismo no trato de esto; lo que quiero de tí es que les obedezcas prontamente, que oigas sus consejos con entera docilidad, que jamás les hables sino con un profundo respeto, que te esmeres en complacerles en todo, y que evites cuidadosamente lo que pueda desagradarles.

Tal era la conducta del jóven príncipe que perdió hace algunos años la Francia, y cuya pérdida jamás llorará bastantemente. Se resistia un dia á hacer una cosa que se le mandaba, y habiéndosele dicho que su desobediencia desagradaria quizá á Delfin su padre, bastó esto solo para que venciese su repugnancia, y exclamase al instante: *Que papá no se enfade, que no se enfade, que yo haré todo lo que quieran.*

Tal debe ser la conducta de todo hijo bien criado. Cualquiera que falte al respeto, á la obediencia y al amor que debe á los que le han dado el ser, no merece el título de cristiano ni el de hombre, debe ser mirado como un aborrecible monstruo, indigno de vivir entre los hombres.

consolarlos en sus aflixiones, y asistirlos

CAPITULO VII.

DE LAS OBLIGACIONES DE LOS NIÑOS PARA CON
AQUELLOS QUE ESTAN ENCARGADOS
DE SU EDUCACION.

Las obligaciones de un discípulo para con los que están encargados de su educacion son, á poca diferencia, las mismas que las de un hijo respecto de sus padres; pues el maestro debe considerarse como un segundo padre. Tal era el concepto en que tenia Alejandro á su preceptor Aristóteles: decia muchas veces que no debia menos á este que á Felipo su padre, pues que si este le habia dado la vida, Aristóteles le habia enseñado á usar bien de ella. En los mismos términos hablaba el hijo de Ciceron de su maestro Cratipo: *Sabe, escribia á uno de sus amigos, que profeso á Cratipo el mismo amor que un hijo á su padre: no solo tengo el mayor gusto de oírle hablar en público, sino que miro como una de mis obligaciones el conversar particularmente con él, y paso muchas veces días y noches en su compañía.*